

# Encuentro en la oscuridad

Dark Void

Image not found.

## Capítulo 1

—¿Por qué este lugar me resulta familiar? —luego de superar el tormentoso chirrido que me asaltó de repente, esa pregunta fue lo primero que llegó a mi mente al contemplar el entorno.

Estaba confundido. Una parte de mí decía que el lugar en el que me encontraba era uno que solía frecuentar, pero la otra parte rechazaba completamente esa posibilidad.

Quise ubicarme, pero no tuve éxito. Por más que mirara a mi alrededor no lograba identificar nada familiar. Concluí que mi parte negativa tenía razón: estaba en un lugar extraño.

Exploré rápidamente las cercanías. Al hacerlo tuve una vaga idea de la situación. Un terreno extenso. Edificios en la distancia. Contenedores colocados aleatoriamente. Había caído en lo que parecían las adyacencias de un muelle. Pero estaba seguro que no lo era, pues no alcanzaba a ver algún rastro del mar; ni siquiera percibía sal en el aire.

Me decidí a avanzar. No quería permanecer demasiado en ese sitio. Mucho menos si era a mitad de la noche... No, aunque todo lo percibía oscuro que me costaba identificar las cosas, todavía alcanzaba a ver los últimos rastros del sol ocultándose en la distancia. Al detallar el cielo, era como si hubiese una densa capa negra cubriendo todo, una capa mucho más densa que la mismísima noche. Una que, con su increíble velocidad de movimiento, pareciera estar diciendo que todo ahora estaba cayendo bajo su poder. Aun así, el sol parecía no querer rendirse antes de cumplir su labor de iluminar la tierra.

No sabía cuánto había caminado, pero al cabo de un largo rato, comencé a notar que todo me era mucho más conocido que antes. El tendido eléctrico, la ubicación y formas de las rocas, y las casas que iban apareciendo, de alguna forma eran parecidos al pueblo donde viví gran parte de mi vida.

Sin embargo, no podía confiarme. Podía ser que por la oscuridad mi mente estuviese asimilando el entorno con algún sitio conocido solo para calmarme. No podía permitir eso.

Alcé la mirada. A pesar de todo, el cielo nocturno era vagamente visible detrás de esa densa cortina oscura. Era hermoso. Estaba lleno de estrellas...

—Ah, qué momentos aquellos... —suspiré. Recordando todas las veces que junto a mi mejor amiga me acostaba en el techo de su casa a contemplar el cielo e identificar las constelaciones, y pedir deseos al ver las

ocasionales estrellas fugaces que pasaban—. Bah, este no es momento de estar pensando en esas cosas.

Después de sacudir mi cabeza en un intento de alejar todo pensamiento distractor, seguí caminando. Aunque no tenía noción del tiempo, sabía que vagar en la noche por un sitio desconocido solo era un riesgo. Por eso, di la vuelta para regresar. Si había caminado en línea recta, no debería perderme si me devolvía por el mismo lugar.

Sin embargo, sentí una enorme presión en todo mi cuerpo. Parecía como si una mano me hubiese agarrado.

Cerré los ojos por instinto. Al hacerlo, fue como si mis otros sentidos se hubiesen ido con esa acción. No oía ni escuchaba nada.

Abrí nuevamente los ojos. Sorprendentemente, todo estaba igual. Bueno, técnicamente así era. Lo único que lo hacía diferente era que la densa capa de oscuridad que se había apoderado de todo ahora era más oscura. Sabía que era algo superpuesto, puesto que aunque ya no podía ver la luz de la luna, sentía que aún estaba presente. Si tuviese que dar una descripción de esto, era como si me encontrara en un enorme cubo de cristal con los vidrios tintados.

Sin prestarle tanta atención a lo ocurrido, retomé mi avance en línea recta. Pero esa acción no duró mucho. Inmediatamente empecé a sentirme incómodo. Como si me estuviesen observando. Mi mirada recorrió rápidamente mis alrededores hasta que se detuvo en cierto lugar en el horizonte. Allí, de extremo a extremo, percibí una extraña línea horizontal. Muy parecida a la que existe en el mar distante donde ya uno no puede diferenciarlo mucho del cielo.

A pesar de eso, seguí caminando. Pero esta vez, lo hacía al tiempo que estaba atento a cualquier mínimo cambio.

Luego de unos diez minutos aproximadamente, algo se hizo vagamente visible delante de mí. Era algo grande. Parecía una silla. No... Sería más apropiado asimilarlo con un trono. Su diseño era completamente diferente. Era muy elegante, con muchos diseños alrededor. Además de eso, era enorme. Fácilmente podía decir que estaba elaborado para una persona de unos diez o quince metros de altura. Pero ¿qué hacía un trono en medio de la nada?

Encontrar eso me dejó totalmente asombrado. Tanto, que me froté los ojos para confirmar que eso que estaba ante mí no era producto de mi imaginación. Pero... no lo era. El trono seguía allí frente a mí.

Pero las sorpresas apenas comenzaban. Entrecerré un poco los ojos y noté

que justo entre nosotros se encontraba esa línea divisoria.

—Bienvenido, Alfonso —dijeron mi nombre. Miré a todos lados, pero no logré encontrar al propietario de esa voz. Sonaba demasiado mecánica; claramente, fuera lo que fuera, eso no era humano. Sin darme oportunidad de reaccionar, prosiguió—: Tardé mucho en conseguir la manera de comunicarme contigo.

—¿Quién eres?—grité. No entendía nada de lo que me decía. Además de eso, detestaba estar hablándole a la nada—. ¿Qué es este lugar?

—Cálmate. Solo quiero hablar. Sé que estás confundido y tienes demasiadas preguntas, pero este no es el momento de responderlas. Lo que sí puedo decirte es que estás en un lugar donde todo es distinto a lo que estás acostumbrado. Aquí cualquier cosa es posible, pero cada cosa tiene un precio claro.

Lo que fuera que estuviese escondido rio.

—Pero ¿quién eres? ¿Por qué no tienes las agallas de hablarme de frente?

—Ja, ja, ja. Pero si eso es exactamente lo que estoy haciendo, pequeño.

*«¿Qué? No entiendo. Aquí no hay nadie.»*

Pensé. Se oyó una enorme carcajada. Luego ocurrió algo extraño que superó completamente mis expectativas.

La línea horizontal de antes comenzó a encogerse hasta no ser mayor a los quince metros de largo. Posteriormente, comenzó a abrirse para revelar algo de color plateado en su interior.

Retrocedí por instinto. Lo que veía hizo que se me pusiera la piel de gallina. Seguidamente de la aparición de la placa plateada, líneas irregulares empezaron a dividirla progresivamente.

Si tuviera que describirlo con más detalle. Entonces diría que lo que estaba formándose ante mis ojos era una especie de boca donde lo plateado representaba sus fauces.

Pero eso no terminó allí. Tras finalizar su acción, los «dientes» comenzaron a separarse lentamente, dejando visibles dos esferas de color carmesí en su interior.

—¿Qué demonios?! —exclamé. Nadie me podía culpar por mi reacción. Cualquiera en su sano juicio, y con un poco de fuerza mental, habría hecho lo mismo. Los que no, simplemente se habrían desmayado en el

acto.

Una boca en cuyo interior había dos ojos.

A pesar de eso, no sentía temor. No. Asombro sí, pero no miedo. Era como si esa emoción hubiese huido en el momento en que esa cosa hizo presencia.

—Bien. Ya que satisfice tu deseo de verme, te agradecería que prestaras mucha atención, y frenases cualquier intento de interrumpir. Ninguno de nosotros quiere contemplar una desgracia, ¿o sí?

Habló. Miré fijamente al dueño de la voz. Al hacerlo, noté que no articulaba. Más bien parecía como si estuviese ante una enorme pantalla y la voz estuviese siendo transmitida por unos altavoces invisibles. Sin darle importancia a más nada, la «boca» continuó.

—Quizá pienses que has muerto, o que simplemente estás soñando. Pero no, no es así. Te he trasladado a un lugar en el que tomé prestado todos los sucesos de tu vida y los mezclé para que pudieras asimilar un poco tu entorno. Si tuviera que explicarlo con palabras más simples, diría que estamos en tu mente. Específicamente, en lo más profundo de ella. Es gracias a eso que esta conversación es posible.

»Bien. Lo que debes hacer es simple. Cumplir una serie de cosas que te encomendaré y luego de eso volverás a tu vida normal. Sentirás que todo esto que ha ocurrido no es más que un sueño y con el tiempo lo olvidarás.

—No entiendo. ¿Por qué debería hacer lo que dices?

—Simple. Hay muchas cosas en riesgo. Y tu vida está incluida en ellas. Claro, aunque decidas colaborar, si fracasas, lastimosamente las consecuencias te afectarán. Es decir, si mueres en este lugar, jamás podrás volver a tu realidad. De más está decir qué pasaría si decides no hacer nada.

Calló.

Pensé que diría algo más, pero no. Lo único que escuché fue como una especie de chasquido y todo el lugar a mi alrededor comenzó a distorsionarse... luego no escuché nada.

Cuando todos mis sentidos volvieron a mí, abrí los ojos y observé. Me encontraba bajo un farol cuya luz era demasiado potente que me cegaba, y junto a mis pies un sobre de color blanco con mi nombre escrito en él. Dudoso, lo recogí e inspeccioné su interior. En él solo había un reloj de

bolsillo, una brújula y un trozo de papel doblado.

Al sacarlo, lo desdoblé para inspeccionarlo. No había nada en él. «Un trozo de papel en blanco», pensé. Pero al siguiente instante en él comenzaron a aparecer unas letras, formando la frase: «La elección es tuya».

Sabía a qué se refería. De todo lo que me había dicho esa «boca», lo único que recordaba con claridad era su sutil advertencia. Ayudar y fallar, o no hacer nada significaban lo mismo. Con eso en mente, no le di más vueltas al asunto y decidí comenzar la búsqueda de algo que no sabía lo que era, pero poco a poco iría descubriéndolo.